

Y dice después:

«Ay, mi Chile del Sur, cómo se mojan
tus enormes barracas de madera;
junto a su dura lámpara salada
cómo se moja el corazón del indio.
Lágrima, anís, vinagre, ajeno, hielo,
bajo tu Cruz del Sur, cómo se mojan
los muertos cementerios, las callampas,
los pájaros polares y las bestias».

«Nimbo de Piedra» envuelve la significación de una nueva realización en la poesía chilena; podrá discutirse su completa originalidad, pero, sin duda, es la voz de un poeta puro que llega al más alto rango de la poesía de la maravilla, de la imagen, del cielo de las estrellas y de la tierra de los ríos, las lluvias, los árboles, las flores.—CARLOS RENÉ CORREA.



<https://doi.org/10.29393/At199-14CHVH10014>

CÓMO SE HIZO GIGANTE EL HOMBRE

Este es el título de la nueva obra de M. Ilin, autor de «El gran plan», «Las montañas y los hombres», «Cien mil veces por qué», «El sol en la mesa», «¿Qué hora es?», «Negro sobre blanco» y otros libros muy populares más allá de las fronteras de la U.R.S.S. El nuevo libro de Ilin está escrito con la colaboración de E. Segal.

En toda la obra de Ilin vemos al hombre y su trabajo, al hombre que somete las fuerzas de la naturaleza, que abre nuevos caminos para el desarrollo de la sociedad humana; el hombre es un gigante, el «amo de la tierra». También en la nueva obra de Ilin ocupa el centro el hombre, pero no se trata del hombre de nuestra época, sino de cómo ha llegado el hombre a ser

física y espiritualmente lo que es en nuestros días, cómo ha llegado a ser un «gigante». Nos habla el libro del pasado biológico, del hombre y del ambiente que le rodeaba, del origen y desarrollo del hombre en las primeras etapas de la sociedad humana.

Es un libro nuevo por su propósito y por su realización. La obra de Ilin, en general, y especialmente este libro, se distingue por su extrema sencillez de análisis y de exposición, algo que sólo puede conseguir un gran artista progresivo. Ilin sabe describir en forma tan poética los resultados de investigaciones científicas, las conquistas del trabajo y del pensamiento humano, que no sólo resultan comprensibles los problemas de que trata, sino que adquieren una forma que nos parece peculiarmente próxima, podríamos decir «humanizada». Este libro es un gran triunfo del escritor.

El gran mérito de los autores, consiste especialmente en haber elegido lo más esencial en una inabarcable multitud de fenómenos, «Nos hemos tenido que poner, lector,—dicen los autores,—las botas de siete leguas para estudiar la vida del hombre. En las páginas de este libro hemos pasado de continente a continente, de época en época. Algunas veces nos daba vueltas la cabeza al sentir tanto espacio y tanto tiempo. Pero hemos seguido sin detenernos. Quizá se nos ha pasado algo al dar un salto a través de los siglos, pero si, aunque fuera sólo por un minuto, nos hubiéramos quitado las botas de siete leguas y hubiéramos seguido a paso normal, no hubiéramos podido salir del bosque de detalles. Si se estudia cada uno de los árboles de un bosque, se corre el peligro de no ver el bosque entero».

La primera parte del libro, titulada «Cómo se ha hecho hombre el hombre» comienza con una descripción de los tiempos en que el hombre no era señor de la naturaleza, sino siervo obediente, cuando vivía «en invisible jaula». «No menos de

tres cadenas ataban a nuestros héroes al bosque, pero las rompió, logró evadirse de su jaula, salir del bosque».

En un bello capítulo dedicado a los antepasados del hombre, a los monos, nos hablan los autores de cómo aprendieron a andar, cómo dejaron sus pies las manos libres para el trabajo, cómo bajaron al suelo y cómo se separaron los caminos del hombre y de sus antepasados.

Con enorme interés leemos el capítulo del libro que nos cuenta cómo, al principio mismo de su vida, llena de aventuras, el hombre, que ya puede alejarse de sus lugares de origen en busca de alimento, arrebatándoles a los demás animales su comida, viola las normas de la naturaleza: no sólo se apodera de la comida ajena, sino que se niega a ser devorado por carnívoros que durante siglos habían comido a sus antepasados. La propia mano del hombre le dió valor. Lo que había sido su primer instrumento fué también su primer arma.

Con gran inteligencia explican los autores el origen del lenguaje humano y su paulatino desarrollo. Ante todo hablan del «lenguaje sin lengua», del lenguaje de gestos, de los «gestos imágenes».

Al principio era difícil distinguir un sonido de otro. Se fundían los sonidos en un aullido, en gritos, en chillidos. Se necesitó bastante tiempo para que el hombre sometiera su propia lengua y la obligara a hablar articuladamente. Antes la lengua no hacía más que ayudar a las manos. Pero a medida que aprendió a hablar más claramente, más distintamente, fué convirtiéndose en el primer violín de la orquesta. El lenguaje oral, que había sido modesto auxiliar del lenguaje de las manos, pasó a primer término. Los movimientos de la lengua en la boca eran el más imperceptible de todos los gestos. Pero tenían la ventaja que se les podía oír. Al principio el lenguaje oral se parecía mucho al lenguaje de los gestos. Tenía el mismo carácter plástico, representaba con la misma claridad y viveza, cada objeto, cada movimiento ...

«Cuanto más gestos poseía el hombre, tanto más frecuentes eran en su cerebro las «señales de señales», tanto más trabajaba la «estación central» localizada en la parte frontal del cráneo humano. Con ello la «estación central» hubo de ampliarse cada vez más. En el cerebro se formaban nuevas células y la relación entre ellas se hacía cada vez más compleja. Crecía el cerebro, adquiría mayores proporciones». El trabajo en común enseñó al hombre a hablar y después de haber aprendido a hablar aprendió a pensar.

Con sus propias manos se ha conquistado el hombre su inteligencia.

En la segunda parte del libro, titulada «Juventud del gigante» se examinan numerosos problemas de las más diversas ramas de la ciencia, que se alza ante nuestros ojos en toda su grandeza, sobre todo por lo que se refiere a la Etnografía y a la Arqueología. Nos ayudan estas ciencias a excavar en los estratos del lenguaje, a buscar en el pensamiento del hombre primitivo. Cuanto más fuerte era el hombre, tanto más claramente comprendía el mundo y su lugar en él. Apareció en el lenguaje el «yo» el hombre que actúa y lucha, que se subordina los objetos y la naturaleza, porque «los hombres que han comprendido las leyes de la naturaleza y de su propia existencia serán dueños de sus destinos, conseguirán la libertad».

Nos cuenta el libro cómo aparecieron las primeras armas y los primeros instrumentos de trabajo, las primeras construcciones, cómo se domesticó a ciertos animales, cómo empezó y evolucionó el cultivo de las plantas, cómo utilizó el hombre la canoa,—«abuela de nuestros barcos»—, cómo estaba el mundo limitado para el hombre por los confines de la tierra firme, cómo se abrió paso el hombre a través de aquella muralla de lo desconocido. Nos habla de los primeros artesanos, que crearon el cuchillo, el hacha y el martillo, de cómo descubrió el hombre el fuego, la fuerza que podía transformar las cosas, de cómo, después de conocer sus propiedades, expuso el hombre

al fuego la arcilla, hizo comida, pan, de cómo el hombre cazó y pescó, se hizo agricultor, enterró el grano que luego había de «resucitar», de cómo el hombre, que sentía cada vez menos su dependencia de la naturaleza, el hombre que antes no sabía ni podía encontrar y matar una fiera, si conseguiría llenar unas cestas con su cosecha de grano, aprendió a ayudar a la naturaleza, a cultivar el trigo, a criar vacas y ovejas. Nos cuenta cómo abrieron los hombres las primeras minas y empezaron a forjar, a trabajar los metales, cómo se hizo el primer tejido a mano, cómo se fundió el primer disco de cobre,—un «milagro» para el hombre de aquel tiempo,—nos cuenta otras muchas cosas, y nosotros vemos que las hicieron los hombres con sus propias manos. Bien claramente nos muestran Ilin y Segan cómo la vida, determinando la conciencia del hombre, forjó gradualmente en él una actitud distinta frente al mundo que le rodeaba. La falta de un material, por ejemplo, llevaba a un desarrollo de otros valores más altos, que enriquecía la sociedad humana.

«El hombre,—leemos en este libro—había encontrado una despensa maravillosa. Pero mejor sería decir que no la encontró, sino que la creó con su propio trabajo».

Especial interés ofrece el capítulo llamado «Calendario de trabajo». El calendario de trabajo ha sido diferente para los distintos pueblos, para los diversos continentes: no en todas partes avanzaban los hombres con igual velocidad por el camino del trabajo. Y resulta que, según el calendario de trabajo, no todos los hombres son contemporáneos. Pero, al mismo tiempo, no hay hombres, no hay pueblos, ni tribus de tipo «superior» o «inferior». «Hay pueblos avanzados y pueblos atrasados en el camino de la cultura».

En nuestra época, en muchos países, no se considera crimen el sentir menosprecio por otro pueblo. Los principios en que se basa la vida en la Unión Soviética multinacional, son muy distintos: los pueblos atrasados alcanzan a los avanzados,

estos últimos ayudan a los atrasados. «Porque por el calendario de trabajo,—dicen Ilin y Segal—todos los hombres de nuestro país son hombres de la época socialista...».

Pasando de la ciencia de las plantas y de los animales a la del lenguaje, de la ciencia del lenguaje a la historia de los instrumentos, de la historia de los instrumentos a la de las creencias religiosas, de la historia de las creencias religiosas a la historia de la tierra, nos conducen los autores hasta un capítulo al que han dado el nombre «Lucha de los mundos» y en que nos hablan del descubrimiento de América, de la conquista de México en el siglo XVI, de cómo los libres indios «supieron lo que era la esclavización del hombre por el hombre».

La maravillosa despensa que el hombre había encontrado en los albores de su existencia, le daba cada vez más cosas. El agricultor y el hombre dedicado a la cría de ganado obtenían cada vez más de su trabajo, pero también tenían que trabajar más. En la tribu faltaban hombres. Los rebaños aumentaban con tal rapidez que apenas podían los pastores cuidar de ellos. Y entonces empieza la tribu a hacer prisioneros, en otras tribus, convirtiéndoles en esclavos. Pero tampoco el agricultor podía arreglárselas con su trabajo. «El trabajo de un hombre empezó a dar más pan, carne y lana de lo que él necesitaba... El amo no tenía que cuidar sino de que el esclavo trabajara lo más posible y comiera lo menos posible. Y entonces el hombre hizo de otro hombre su instrumento vivo de trabajo. Así surgieron entre los hombres amos y esclavos». «Pero no sólo se estableció una desigualdad entre amos y esclavos, sino que también la hubo entre familias, entre comunidades: la desigualdad de riquezas daba lugar a la guerra, y la guerra era ventajosa, proporcionaba esclavos, que eran quienes creaban la riqueza.

El último capítulo del libro está dedicado a la aparición de la ciencia. «Hubo tiempos en que todo el mundo era para el hombre un cuento, en que todo era inexplicable e incomprendible... Poco a poco, paso a paso, los hombres se fueron

adueñando de un mundo nuevo para ellos: el mundo del conocimiento y no de la fábula. El tejado del templo fué el primer observatorio astronómico. El taller del alfarero y del herrero fueron los laboratorios en que se hicieron los primeros experimentos. Los hombres aprendían a observar, a contar, a sacar conclusiones. Fueron precisos miles y miles de años para que la ciencia se sedimentara, se separara de la superstición, como se separa la crema de la leche».

La ciencia ensanchaba el mundo del hombre, cada vez era más amplio el horizonte que le rodeaba.

Así termina el primer libro de Ilin y Segan sobre el pasado remoto del hombre. El segundo libro, «Cómo se hizo gigante el hombre», tratará del hombre de nuestros días.—V. USTINA,